

Unamuno, Ortega y “El caso Ferrer”

DIEGO NÚÑEZ

Universidad Autónoma de Madrid

dnunnez@telefonica.net

El 13 de octubre de 1909, a las 9 de la mañana, en el foso de Santa Amalia de la prisión de Montjuic, fue fusilado Francisco Ferrer i Guardia, el fundador de La Escuela Moderna. Fue declarado culpable, sin pruebas, ante un tribunal militar de haber sido el instigador de la Semana Trágica de Barcelona. En 2009 se cumplió, pues, el primer centenario de su muerte, sin que haya tenido demasiada repercusión. Por ello, quisiéramos que estas notas, basadas todas ellas en fuentes primarias, sirvan de homenaje a la figura del pedagogo catalán.

No vamos a ocuparnos aquí del “caso Ferrer” en sí mismo, que además cuenta con una oportuna bibliografía, sino de algunas connotaciones que provocó dentro de nuestro panorama intelectual. El proceso y muerte de Ferrer desencadenaron una amplia reacción en los medios progresistas europeos. El 4 de septiembre de 1909, *L'Humanité*, el periódico de Jean Jaurès, daba cuenta de la constitución en París de un “Comité de defensa de las víctimas de la represión española”. Este Comité contaba entre sus miembros con una dilatada serie de intelectuales europeos, siendo los más conocidos Anatole France, Ernst Haeckel y Mme. y M. Maeterlinck. Al día siguiente, se recoge en el mismo periódico una numerosa lista de adhesiones, y el día 6 de septiembre aparece publicado en *L'Humanité* un artículo rotulado “A la Europa consciente”, firmado por el citado Comité. En él se comienza diciendo: “El mundo está dividido todavía en nacionalidades regidas por Gobiernos opresores. Pero en nuestros días, surge solemne y se constituye con firmeza una consciencia pública universal, haciéndose patente que por encima de la Europa de los soldados y de los sacerdotes, se levanta otra Europa del trabajo y de la libertad”.

Poco después, concretamente el 8 de septiembre, en *La Época*, el periódico del partido conservador —entonces en el gobierno—, el ministro La Cierva responde al anterior manifiesto con unas declaraciones llenas de prepotencia y desdén hacia los firmantes. Y el día 9, el órgano de Maura publica un virulento artículo titulado “Campaña de escándalo”, en el se denomina “apaches” a los intelectuales europeos, un epíteto con el que en el futuro se apellidará siempre a los integrantes del Comité parisino¹. Es en este contexto en el que hay que insertar el significado de un artículo que Azorín publicará en el diario *ABC* el 12 de ese mes de septiembre bajo el título “Colección de farsantes”. Azorín, diputado en este momento en las Cortes por el partido maurista, no quiso quedarse atrás y también se sintió obligado a participar en esta campaña gubernamental frente a las protestas europeas. No se puede olvidar que los dos principales padrinos políticos del escritor alicantino eran precisamente Maura y

¹ *La Época*, 9-9-1909.

La Cierva. Azorín centra sus ataques en los tres autores más destacados del Comité de París, esto es, A. France, los Maeterlinck y E. Haeckel. Como muestra del tono de su escrito, reproducimos lo que afirma sobre éste último: “Por lo que toca a Haeckel, su filosofía no tiene hoy valor ninguno si se toma en cuenta donde estas cosas se contrastan y aquilatan; Haeckel no es hoy citado sino por articulistas de fondo y profesores rutinarios y de poca lectura”. Con el mismo desparpajo e ignorancia con que la Pardo Bazán descalificaba a Darwin, diciendo que “el darwinismo será todo lo que se quiera, menos sencillo y accesible al entendimiento”². Azorín intenta desacreditar al naturalista alemán, justo en el momento en que éste estaba en el apogeo de su carrera científica y gozaba de mayor prestigio internacional. El párrafo de Azorín es un claro síntoma de la debilidad gnoseológica de muchos de nuestros máximos representantes culturales cuando éstos se introducen, por motivos generalmente políticos, en territorios ajenos. Se trata además de una debilidad que puede extenderse en consecuencia a toda una situación intelectual, que permite que estos fenómenos acaezcan con total impunidad. El novelista de Monóvar termina su artículo con una singular alusión a Ortega, aunque no lo mencione: “No necesitamos para nada, ni lo queremos, el fingido gesto humanitario con que un olímpico escritor, maravilloso y sutil, pretende redimirnos”.

El miércoles 15 de septiembre, el *ABC* intercala en su página 10 una columna así encabezada: “De Unamuno”, y a renglón seguido añade, “Nuestro compañero Azorín ha recibido la siguiente carta de D. Miguel de Unamuno”, carta que reproduce en su integridad. Nosotros vamos a transcribir aquí solamente los párrafos que más polémica originaron después. “Mi querido amigo: Vuelvo a tomar la pluma para escribirle, y esta vez con felicitación. Acabo de leer *Colección de farsantes*. ¡Bien, muy bien, muy bien! Hora es de reaccionar. Son muchos aquí los papanatas que están bajo la fascinación de esos *européos*.” Y más adelante: “Dicen que no tenemos espíritu científico. ¡Si tenemos otro...! Inventen ellos, y lo sabremos luego y lo aplicaremos. Acaso esto es más señor. Si fuera imposible que un pueblo dé a Descartes y a San Juan de la Cruz, yo me quedaría con éste”. La carta está fechada en Bilbao el día 13 de septiembre, y constituye la fuente original de la tan manida frase, tantas veces referida a Unamuno, de “¡que inventen ellos!”

La actitud de los sectores conservadores españoles, en la que se ven implicados Azorín y Unamuno, ante la protesta del grupo de intelectuales europeos reproduce el mismo esquema que el acontecido en la primera polémica de la ciencia española o cuando el desastre colonial del 98, esto es, “nacionalizar” la crítica extranjera. El manifiesto de París no atacaba a España, sino a cómo el gobierno Maura estaba llevando el caso Ferrer. Pero las respuestas tradicionales confieren al asunto un pretendido carácter patriótico y lanzan sus declaraciones “en defensa de España”, como si fuera todo el pueblo español el atacado. Es una estrategia recurrente en la historia de nuestro pensamiento, una suerte de trampa intelectual en la que a menudo han caído también los sectores progresistas, discutiendo los temas en el terreno de juego marcado por el conservadurismo. En el siglo XVIII, por ejemplo, lo que criticaban los enciclopedistas

² PARDO BAZÁN, EMILIA, “Reflexiones científicas contra el darwinismo”, *La Ciencia Cristiana*, IV, 1877, p. 289.

era las instituciones del Viejo Régimen imperantes en España, pero no al pueblo español. Es más, Masson de Morvilliers —el más citado de ellos en este caso— termina su artículo en la *Encyclopédie Méthodique* afirmando: “España cuenta ya con varios sabios célebres en física, historia natural. ¡Un esfuerzo más y quién sabe hasta qué punto puede elevarse esta magnífica nación!”³

Luego, con el desastre del 98, resultado de una nefasta política colonial y, como trasfondo, de una mala gestión del país, se nacionaliza igualmente el desastre. El objetivo de esta falacia político-intelectual no ofrece duda: eludir y escamotear las responsabilidades concretas en el advenimiento de la catástrofe. Un cualificado hombre del *establishment*, como Santiago Alba, manda traducir y prologa el libro de Edmundo Desmoulins *¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones?* (1899). Los males patrios no proceden, bajo este prisma, de errores históricos subsanables, sino de insuficiencias constitutivas del pueblo español. Se monta, pues, por parte de los sectores conservadores toda una operación ideológica que va a intoxicar el panorama intelectual posterior. Se trata de un pensamiento que nace de manera ideológica —en el sentido peyorativo del término— y que no va a parar de engendrar a su vez secuelas ideologizantes. Tal pensamiento discurre fundamentalmente sobre dos hilos conductores: uno, de alcurnia psico-social, basado en una instrumentalización naturalista y determinista de la Psicología de los pueblos —entonces muy de moda—, que lleva a pseudoproblemas tales como si el español sirve para la ciencia o no, que si el español es apto para la cultura moderna o no, etc.; y otro, de corte metafísico-nacionalista, no menos estéril, que se desliza hacia cuestiones tales como cuál es el “ser”, el “espíritu” o el “alma” de España, la España eterna, etc., o hacia la creación de mitos históricos, como el Cid Campeador. Esta línea de pensamiento es la que se ha tenido a menudo de referencia a la hora de criticar el nacionalismo castellano. En vez de gastar tantas energías en debatir sobre el llamado “problema de España” —expresión que ya lleva en sí misma una buena carga ontológica—, hubiese sido más correcto y operativo plantearse que España es sencillamente un país que tiene problemas, problemas graves y urgentes que era preciso resolver por vías positivas, al amparo, por ejemplo, de las aportaciones de las modernas ciencias sociales y naturales.

Ortega y Gasset había sido aludido tanto por Azorín como por Unamuno, pero sólo contestó a éste último, y lo hace en un artículo aparecido en *El Imparcial* el 27 de septiembre de 1909. “Prisionero de otras ocupaciones —empieza diciendo Ortega—, no he podido hasta ahora poner un exiguo comentario a la carta de D. Miguel de Unamuno, publicada hace días en *ABC*... El señor Unamuno habla de los papanatas que están bajo la fascinación de *esos europeos*. Ahora bien, yo soy plenamente, íntegramente, uno de esos papanatas: apenas si he escrito, desde que escribo para el público, una sola cuartilla en que no aparezca con agresividad simbólica la palabra: Europa”. En el artículo figura un párrafo, cuyo significado no se puede calibrar bien sin conocer el texto íntegro de la carta de Unamuno: “En los bailes de los pueblos castizos —escribe Ortega— no suele faltar un mozo que cerca de la media noche se siente impulsado sin remedio a dar un trancazo sobre el candil que ilumina la danza: entonces comienzan los golpes a ciegas y

³ GARCÍA CAMARERO, ERNESTO Y ENRIQUE, *La polémica de la ciencia española*. Madrid, Alianza Editorial, 1970, p. 53.

una bárbara baraúnda. El Sr. Unamuno acostumbra a representar este papel en nuestra república intelectual. ¿Qué otra cosa es sino preferir a Descartes el lindo frailecito de corazón incandescente que urde en su celda encajes de retórica extática? Lo único triste del caso es que a D. Miguel, el energúmeno, le consta que sin Descartes nos quedaríamos a oscuras y nada veríamos, y menos que nada el pardo sayal de Juan de Yepes⁴. De todos modos, es extraño que Ortega, que en esos años estaba bajo una fuerte influencia neokantiana, no añada que dentro de la cultura moderna es perfectamente viable la coexistencia de Descartes y San Juan de la Cruz, de la racionalidad y la mística.

Unamuno no respondió de inmediato a Ortega, pero unos años más tarde, en el epílogo de *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, publicado como libro en 1913, hay un párrafo que no se entiende bien sin recordar el artículo de aquél: “No hace mucho hubo quien hizo como que se escandalizaba de que, respondiendo yo a los que nos reprochaban a los españoles nuestra incapacidad científica, dijese, después de hacer observar que la luz eléctrica luce aquí, y corre aquí la locomotora tan bien como donde se inventaron, y nos servimos de los logaritmos como en el país donde fueron ideados, aquello de ¡que inventen ellos!. Expresión paradójica a que no renuncio⁵.”

La postura de Unamuno sobre el tema de la europeización de España suscitó también la réplica de otros intelectuales relevantes. Ramiro de Maeztu, en su sección fija *Desde Londres*, publica en *Nuevo Mundo*, el 21 de octubre de 1909, un artículo titulado “Europa y los europeístas”. Refiriéndose a Unamuno, sobre el que versa todo el texto, indica al final: “En este momento, cuando ya ni la duda puede ser legítima, uno de los nuestros, acaso el mejor, acaso el que podía haber hecho más que ninguno en el servicio del ideal, nos dice que hay que africanizarnos... ¿Sabe lo que dice? Y si no lo sabe, ¿no es una vergüenza? Y si lo sabe, ¿no es un dolor?”⁶

El 16 de diciembre de 1909 aparece en la primera página del semanario fundado por Perojo el artículo “Maeztu y Unamuno. El problema español”, firmado por Andreño, el pseudónimo del famoso crítico Gómez de Baquero. En él afirma acertadamente: “Los españoles que tenemos alguna fe en los destinos de España, debemos opinar con Maeztu. Si fuésemos incompatibles con la civilización europea, si fuésemos bárbaros respecto de esa civilización, seríamos un pueblo moribundo, condenado a la extinción. En los tiempos que corren, los bárbaros son una presa para los civilizados. Hacer profesión de barbarie, puede abrir campo para una amena paradoja, no para una racional doctrina política”. Y en el número siguiente de la citada revista, Baldomero Argente, instalado en el “otro 98” dentro del ámbito de las ciencias sociales, en su artículo “Un error grave”, señala: “La falsedad de la tesis de Unamuno se echa de ver pensando que las únicas fuerzas permanentes que podrían haber creado un espíritu español inmutable son: la raza y el suelo; pero la gente española es una mezcla de todas las razas, y su suelo tan vario, tan distinto de región a región, que relega al absurdo el supuesto de un influjo uniforme”.

⁴ ORTEGA Y GASSET, J. “Unamuno y Europa, Fábula”, *El Imparcial*, 27-9-1909, en *O. C.*, I, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1961, p. 128.

⁵ UNAMUNO, M. DE, *Obras Completas*, VII, Madrid, Escélicer, 1967, p. 288.

⁶ Maeztu volverá sobre el mismo asunto en su artículo “¿De o en?”, *Nuevo Mundo*, 2-12-1909.

Finalmente, deseo aportar dos documentos inéditos, relacionados con el caso Ferrer y encontrados en el Archivo Heinrich Mann en Berlín. Heinrich es tal vez menos conocido que su hermano Thomas, pero estuvo siempre más comprometido que éste con los acontecimientos de su época⁷. A pesar de su amplia labor literaria e intelectual, generalmente se le conoce como el autor de *Professor Unrat*, obra que fue llevada al cine por el director Josef von Sternberg con el título de *El ángel azul* (1930) y que supuso el lanzamiento cinematográfico de Marlene Dietrich. Heinrich había firmado ya el manifiesto europeo de 1909⁸ (8), y ahora se ve solicitado para adherirse a un movimiento de demanda de revisión del proceso de Ferrer. En tal sentido, el joven periodista republicano Faustino Ballvé le dirige a Mann la siguiente carta, fechada en Madrid el 26 de octubre de 1912:

Sr. Heinrich Mann:

No habrá olvidado Ud. que en España hace tres años tuvieron lugar un gran número de asesinatos ordenados por los tribunales, entre ellos, el fusilamiento de nuestro gran educador del pueblo, Francisco Ferrer. Europa entonces hizo oír su voz: miles de políticos renombrados, profesores de Universidad, periodistas y otros hombres de cultura protestaron entonces contra el poder inquisitorial de Maura, y lo derribaron. En España se formó entonces un gran partido, al que pertenecen todas las fracciones librepensadoras, tanto burguesas como obreras, y que realizó una gran y exitosa propaganda bajo la dirección de destacados intelectuales, tales como el profesor Simarro y el escritor Pérez Galdós. El actual gobierno de Canalejas nos ha engañado de manera inaudita, y no ha llevado a cabo ninguna de las reformas prometidas; de ahí que hayamos tomado la decisión de realizar una manifestación popular en toda España el 2 de noviembre para exigir del gobierno reaccionario la abolición de todas las leyes excepcionales, y la revisión de todos los procesos inquisitoriales, especialmente, el de Ferrer. En este asunto pedimos de nuevo la ayuda de Europa. Si quiere participar en esta acción humanitaria, mándenos lo antes posible unas líneas de apoyo. Las cartas hay que dirigir las al Profesor Dr. Simarro, General Oráa, 5, Madrid, o al Dr. Melquíades Álvarez, diputado en Cortes.

En el mencionado Archivo hemos encontrado una copia manuscrita de la carta con la que H. Mann contestó a la de F. Ballvé. Hemos buscado la carta original en el Legado Simarro de la Universidad Complutense —dirigido con meritoria tenacidad por el profesor J. J. Campos—, pero sin éxito. El texto de la copia, fechado en Munich el 29 de octubre, es el siguiente:

Muy estimado señor:

“El señor Faustino Ballvé me insta a escribirle, y lo hago con gusto, ya que las personas cultas de todos los países tienen intereses comunes frente al poder medieval, que les amenaza. El clericalismo sólo se mantiene por doquier por los apoyos del Estado. Una lucha de ideas con nosotros en toda regla no la puede mantener, dado su escaso nivel intelectual. De este modo, tiene que buscar la ayuda del poder político y aplicar así la fuerza bruta. También

⁷ Cfr. sobre la figura de H. Mann la amplia introducción en la edición en castellano de su novela *La pequeña ciudad*, Madrid, Cátedra, 1990.

⁸ *El Noroeste*, 14-10-1909

entre nosotros, es probable que, andando el tiempo, tengamos víctimas mortales por estas cuestiones ideológicas. El sistema monárquico, que halla su fortaleza en la ignorancia del pueblo, hará a buen seguro de verdugo, atendiendo los intereses clericales. Nosotros le brindamos, desde la preocupación de nuestro propio corazón, el más absoluto rechazo de los crímenes cometidos en España y nuestro deseo de un futuro más luminoso.

Muy atentamente,

Heinrich Mann